

Juárez, y que sus manos inexorables purifiquen nuestra vida política limpiando la de tanta abyección, de tanta inmundicia y de despotismo tan grande.

Se hace preciso que el hálito vital del grande hombre se difunda por nuestro ser social y lo entone; lo fortalezca y lo limpie del contagio. Hace falta un Cautín, severo, inflexible, incapaz de corromperse, que no descansa hasta quitar al Clero su poder de absorción sobre las riquezas, su facultad de marchitar á mansalva el pudor de las doncellas y su terrible virtud de adormecer las conciencias, de hipnotizarlas y reducirlas á instinto; pero, instinto ciego, brutal, de desolación y de exterminio, el mismo que produjo la matanza de St. Barthelémy, alimentó las hogueras de la Inquisición, destruyó los tesoros artísticos de los aztecas, condenó á Galileo, ignoró á Colón y estuvo á punto de convertir á la Europa en una interminable procesión de idiotas, encabezada por embaucadores y por tiranos, y á la América en una inmensa desconocida.

Hace falta también un hombre de la talla de Juárez, austero, impecable, obsesionado por una idea fija de libertad, frenético adorador del derecho, y enemigo jurado del prevaricato y del abuso, que dé á cada cualidad y á cada vicio social su recompensa y su castigo, á la ineptitud, á la imbecilidad y al retroceso, el humilde rincón del olvido, á la ductilidad, á la desvergüenza y al servilismo el puntapié formidable del desprecio; y á la picardía judicial, al bandalismo administrativo y á la escandalosa explotación de los empleos en provecho del propio estómago, á esos vicios que hoy por hoy, son el ornato de nuestro régimen de gobierno, á ellos, el lúgubre calabozo en donde todo queda recluido y sofocado todo, hasta el hedor de la podredumbre humana, todo, hasta la pestilencia de los caciques corrompidos.

De otro modo la salvación es imposible y el triunfo quimérico.

Si Juárez venció, fue porque se manifestó invencible; pues ni dió nunca tregua al enemigo ni nunca le hizo concesiones.

A las predicaciones turbulentas opuso leyes que fulguraban con la luz centellante de las tormentas, á las multitudes llevadas al paroxismo las dominó con su impassibilidad estoica de ciertas ocasiones y con sus golpes aplastantes de otras veces; y cuando el Clero pensaba que con

sus convulsiones formidables iba á inspirar respeto al Hombre de la Reforma y á imponerle condiciones, este levantándose hasta el apoteosis é irguiéndose sublime ante el peligro, anonada á su adversario, aplasta al Clero, lo asombra y lo desarma con esa ostentación de pasmosa serenidad ante el precipicio, con ese sublime alarde de confianza en sí mismo y en su causa, con ese reto inaudito para todos inesperado y abrumador, para el fraile y para el beato, que se llamó la Ley de Nacionalización, la Ley del Matrimonio Civil, la Ley de la Igualdad de Cultos.

Así pudo triunfar, arrastrando en pos de sí á la victoria domeñada, al fraile estupefacto, á las masas magnetizadas por tanta grandeza, á sus partidarios electrizados por tanta audacia.

Así pudo minar para siempre el solio en que los embaucadores de bonete reinan bajo el palio y entre nubes de incienso, y desgarrar también en mil pedazos la venda que ocultaba al pueblo la verdad, para azotar con ellos el rastro de la clerecía y arrojarlos después al inmenso montón de las cosas inservibles.

En nombre de la Patria, os lo pido ciudadanos: no deis la razón á los conciliadores; porque aplaudirlos, es maldecir a Juárez, y renegar de Juárez, compatriotas, es renegar del progreso.

La Civilización y la Patria, exigen de vosotros que no seáis complacientes con el enemigo jurado de las libertades públicas, y eterno deturpador de nuestros héroes y que no os convirtais en cómplices de esos infames que, así como deshonraron á su país con el lodo de su traición y la pantomima inmunda del Imperio, se dedican ahora á manchar á las familias y á las más castas doncellas con el rastro abominable de sus aventuras faunáticas.

Y como el enemigo cuenta con aliados, y aliados poderosos, y posee inmensos caudales y tiene pendientes de sus labios legiones de fanáticos, y día á día aumenta sus tremendos recursos, ya es tiempo de exclamar con el Ministro de Juárez:—Ahora ó nunca las instituciones se salvan.

ANTONIO DIAZ SOTO Y GAMA.

-----

Este discurso ocasionó mi prisión arbitraria en Pinos, lo publico únicamente para que el público y la prensa honrada juzguen si hubo delito ó si se trata